
EN PORTADA

**EL ESPÍRITU
DE LA RAZA**

¿Por qué la doctrina de la raza
se constituye como un elemento
esencial del nacionalismo
como religión política?

FRANCISCO CAJA

El pensamiento político fascista y nacionalsocialista no puede juzgarse en términos de la teoría política tradicional. Apenas tiene elementos en común con sistemas racionales y lógicamente contruidos como los de Hegel o Marx [...]. Los propios fascistas describieron su pensamiento político más como una ‘actitud’, que como un sistema; *en realidad, era una teología que proporcionaba un marco para el culto nacional.*¹

Y en la construcción de ese “culto nacional” la doctrina de la raza iba a desempeñar una función central. Pero para desentrañar ese nudo doctrinal, “nación y raza”, es necesario, en primer lugar, deshacer algunos malentendidos que han dificultado su comprensión. Pues para comenzar a hablar de la doctrina de la raza, de sus orígenes y desarrollo o, si se prefiere, de la historia de su concepto y no extraviarse irremediamente, debemos situarnos en las interioridades de lo que el citado, George Mosse, ha llamado el “misterio de la raza”. Sólo así podremos comprender que el nacionalismo, como religión política, tenga el racismo como núcleo doctrinal. Porque la doctrina de la raza no ha sido y no es sino una doctrina política que niega el principio de igualdad (política, esto es, ante la Ley) de los seres humanos,

Escribe Mosse en su libro *Toward the final Solution. An european History of Racism*.

“Pero durante las tres últimas décadas del siglo diecinueve, al mismo tiempo que se fundaban los movimientos eugenistas, la idea de un “misterio” de la raza divergía de la raza como ciencia y se propagaba por el contrario como parte de una nueva religión nacional²”.

1 George Mosse: *The Nationalization of the Masses. Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich*, New York, Howard Fertig, 1975, p. 9.

2 George L. Mosse: *Toward the final Solution. An european History of Racism*. The University of Wisconsin Press, Wisconsin, 1978, pp. 94-95. Para la historia del misterio de la raza es también recomendable: Peter Viereck, *Meta-Politics: the Roots of the Nazi Mind*, A. A. Knopf, 1941. Reeditado como *Metapolitics: From Wagner and the German Romantics to Hitler*, Transaction Publishers, 2003.

Lo que se buscaba era “transformar el nacionalismo en una religión” y para ello el recurso al misterio de la raza resultó decisivo. Pero ¿qué debemos entender por el “misterio de la raza”? y ¿qué entendían por raza los creadores del misterio? Dejemos que sea Alfred Rosenberg, el principal ideólogo del nazismo, quien responda a esta pregunta. En la introducción de su *Der Mythos des 20. Jahrhunderts* escribe: “Alma, empero, significa raza vista desde dentro. E inversamente la raza es el lado externo de un alma”. Una fisiognómica precisa: las diferencias materiales son el efecto de una causa: una diferencia espiritual. La raza es, por consiguiente, una noción espiritual, un asunto del espíritu; de un espíritu que se encarna, que se hace hombre (*Menschwerdung*); de un espíritu materialista, un alma en pena en busca de un cuerpo³. Y ahí está, por ejemplo, la singular trilogía de la raza de Julius Evola, otro místico de la raza, para confirmarlo⁴. Que este espíritu se encarne en el color de la piel, el ADN, la lengua, el sexo, la religión, en una cultura “o cualquier otra condición o circunstancia personal o social”, *ne fait rien à l'affaire*. Y no es que la raza se haya “espiritualizado” con el tiempo, es que fue desde el primer momento un espíritu, una “idea” a no ser que quiera excluirse de la historia de su concepto a los padres del racismo, desde Gobineau a Houston Chamberlain, desde Le Bon a Vacher de Lapouge.

Así pues, un verdadero fantasma (*Geist, Gespenst*) recorría Europa: el fantasma de la raza. Entiéndase bien, esto no significa el rechazo del materialismo. Todo lo contrario, aquí, como en todas las cuestiones relativas al espíritu, *il faut être absolument matérialiste*. O sea, sin tener que adherirse necesariamente a la ponerología, afrontar el problema del Mal.

Pero, en todo caso, débese advertir aquí lo que Eric Voegelin, ese pensador *unzeitgemäss*, intempestivo, escribiera en un artículo que resume dos de sus primeros libros antes de la diáspora:

3 Lo he argumentado extensamente en mi libro: *La raza catalana*, 2 vols. Ediciones Encuentro, Madrid, 2009-2013.

4 Julius Evola, *Il mito del sangue*, Milano, Hoepli, 1937; *Indirizzi per una educazione razziale*, Napoli, Conte, 1941; *Sintesi di dottrina della razza*, Milano, Hoepli, 1941

“De hecho, la idea de raza con sus implicaciones no es un cuerpo de conocimientos organizados en forma sistemática, sino una idea política en el sentido técnico de la palabra. Una idea política no intenta describir la realidad social tal y como es, sino que establece símbolos, sean unidades lingüísticas individuales o dogmas más elaborados, que tiene la función de crear la imagen de un grupo como una unidad. [...] Lo que suelda la difusa masa de vidas individuales en una unidad grupal son las creencias simbólicas sostenidas por los miembros de un grupo [...] Y es irrelevante criticar un símbolo, o un conjunto de dogmas, porque no son empíricamente verificables. Aunque tal crítica sea correcta, no tiene sentido, porque la función de una idea nos es describir la realidad social, sino contribuir a su constitución.”⁵

Y fueron sin duda estas investigaciones acerca de la historia del concepto de raza⁶ las que determinaron que Voegelin forjara el concepto de religión política que él aplicó al nazismo, fascismo y comunismo, que a continuación tachará de modernos movimientos de masa gnósticos.

Entonces, ¿por qué la doctrina de la raza se constituye como un elemento esencial del nacionalismo como religión política? Ya en 1926 Carleton Hayes se preguntaba: *Why are millions ready and willing to lay down their lives for nationalism?*⁷. En definitiva, el contraste entre la pobreza intelectual de la doctrina y su eficacia política, el grado de adhesión, de consenso que suscita. Para él la respuesta a esa pregunta se hallaba indudablemente en la religión, en el nacionalismo como una religión. La misma pregunta que asaltaba a aquellos que, en los años treinta, para hallar una respuesta adecuada a la “nueva política” habían

5 E. Voegelin: “The Growth of the Race Idea”, *The Review of Politics*, Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame, Vol. 2, No.3, pp. 283-317. Recogido ahora en E. V. Collected Works, vol. 10, University of Missouri Press, Columbia and London, 2000, pp. 27 y 28.

6 Eric Voegelin, *Rasse und Staat*. J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tubinga, 1933; *Die Rassenidee in der Geistesgeschichte von Ray bis Carus*. Junker & Duennhaupt. Berlín, 1933.

7 Carleton Hayes: *Essays on Nationalism*, The MacMillan Company, New York, 1926, p. 94. El capítulo IV del libro lleva el significativo título de “Nationalism als Religion”.

creído necesario volver a ocuparse del nudo entre religión y política, a levantar el “exorcismo” con el que la secularización creía poder conjurar la teología política. Al menos dos de ellos, desde disciplinas muy distintas, coincidían en un punto: para explicar la violencia política actual era necesario remontarse hasta Akenatón, el décimo faraón de la dinastía XVIII de Egipto. Me estoy refiriendo a Eric Voegelin y Sigmund Freud. Una coincidencia que puede parecer sorprendente, tan sólo si no nos apercebimos de que, tratándose de violencia política, estamos, querámoslo o no, en un ámbito teológico-político.

El caso de Voegelin es muy claro; después de plantear el problema, la naturaleza de los nuevos movimientos políticos de masas, el segundo capítulo de su libro, *Las religiones políticas* (1938), lleva por título: “Akenathón”. No menos claro es el caso de Freud. Casi en el mismo año en el que Voegelin da la imprenta su *Politischen Religionen*, Freud publica, antes de morir, su *Der Mann Moses und die monotheistische Religion. Drei Abhandlungen*. (1939)⁸, que en nuestros lares es (mal) traducido como *Moisés y la religión monoteísta*. El propósito de ese libro y su significación son inequívocas:

“Freud busca descubrir las raíces del antisemitismo. De una forma bastante llamativa, su pregunta no es cómo los gentiles, o los cristianos, o lo alemanes ha llegado a odiar a los judíos, sino “cómo el judío ha llegado a ser lo que es y por qué ha atraído este odio eterno.” Freud sigue la pista de este “odio eterno” hasta la “hostilidad inherente al monoteísmo como una religión del padre” [...]. Freud concentra toda la fuerza contra-religiosa del monoteísmo bíblico en la revolución desde arriba de Akenatón.”⁹

¿La violencia política exterminadora del nacionalismo tiene su fuente en los orígenes del monoteísmo! ¿No era ésta una sociedad secularizada? Si la violencia política exterminadora es un retorno de los

⁸ Sigmund Freud, *Der Mann Moses und die monotheistische Religion. Drei Abhandlungen*, Verlag Allert de Lange, Amsterdam, 1939.

⁹ Jan Assmann: *Moses the Egyptian*, Harvard University Press Cambridge, Massachusetts, 1998, p. 167.

tiempos oscuros, como se dice, es lícito preguntarse: ¿por qué retorna? ¿porque es propio de los muertos el retornar como vivos?

Aquí, para nuestro propósito, nos servirá de guía de lectura el libro de Jean-Joseph Goux *Les iconoclastes*, en el que se incluye un artículo revelador: “*Freud et la structure religieuse du nazisme*”¹⁰. En primer lugar, para Goux el libro de Freud no busca tanto objetivos teóricos como prácticos, tiene el sentido de un acto analítico, una intervención en el campo de lo que ahora se llama clínica social:

“La intervención del Moisés es práctica. Tiene el valor de una desactivación de afectos, por reminiscencia histórica de una situación ancestral en el que se ha anudado el odio al judío. La última obra de Freud es un libro de teología y de política.”¹¹

El propósito explícito del libro de Goux es *soutenir que le nazisme a une structure religieuse*; en definitiva –aunque él no emplea esta expresión–, que el nazismo es una religión política. Y para demostrarlo realiza una operación singular: cruzar el libro de Freud con las supuestas declaraciones de Hitler a Rauschning recogidas en el libro que éste, un antiguo miembro del partido nazi (NSDAP), publica en París en 1939, *Hitler m’a dit*¹². Así, Goux escribe en la estela de Rauschning:

“Hitler quiere germanizar la Iglesia. Es una operación que entra en contradicción con la estructura religiosa apátrida del cristianismo. Pero al hacerlo, encuentra, o cree encontrar, el precedente judaico, que habría desarrollado, a través de las vicisitudes de la historia empírica, *los esponsales de Dios y de una nación*, o lo que él cree la alianza del Todopoderoso y de una raza. Y aquí es donde comienza la rivalidad.”¹³

¹⁰ Jean-Joseph Goux, *Les iconoclastes*, Seuil, Paris, 1978, pp. 53-64.

¹¹ *Ibidem*, pp. 53-54.

¹² Hermann Rauschning: *Hitler m’a dit*, Paris, éd. Coopération, décembre 1939. El valor de verdad del libro de Rauschning es independiente de la autenticidad de sus conversaciones con Hitler.

¹³ Joseph Goux, *op. cit.*, p. 56.

Nos hallamos aquí frente al núcleo de la cuestión. El elemento racial hace de la religión política un subrogado de la *religión de la elección divina*, el pueblo elegido del monoteísmo. Siendo la raza, la secularización, apenas disimulada, de ese motivo: la *expresión material*, la *marca*, de una elección divina. De ahí extrae su energía, su furia asesina, su potencia de odio cainita. Freud lo escribe con todas las letras:

“Los motivos más profundos del odio a los judíos tienen sus raíces en tiempos muy remotos, actúan desde el inconsciente de los pueblos y debo reconocer que en un principio no parecerán dignos de crédito. En efecto, me atrevo a afirmar que aún hoy no se han superado por los otros los celos hacia el pueblo que se hizo pasar por el hijo primogénito y predilecto de Dios-Padre, como si hubieran concedido crédito a esta pretensión.”¹⁴

El judío es así indistinguible del ario, su imagen especular invertida, “al punto de que uno los tomaría por hermanos”; esta semejanza que Rauschning pone en boca de Hitler –y este hecho es, en sí mismo, de una importancia extrema –con independencia de que Hitler pronunciara estas palabras efectivamente–, es consecuencia de que el judío es el rival de la elección paterna. Establecida la relación en espejo, la estructura del doble, todo serán inversiones. La voluntad de exterminio de otro, la guerra imperialista, será una guerra defensiva, por así decirlo, retorsión de una conjura judía mundial, prueba del odio mortal del otro, para recuperar el *Lebensraum*, el espacio vital: o el otro o yo.

Pero el motor que engendra ese odio mortal, la “extrema virulencia del nacionalismo”, la violencia política hacia el otro, es para Freud, un modo de protección frente a Dios, frente a su ira: es decir, frente al propio deseo culpable del sujeto de muerte de Dios, en un sentido objetivo: es el propio sujeto el que quiere dar muerte a Dios. Lo que determina el desdoblamiento del sujeto en un otro idéntico a sí mismo

¹⁴ Sigmund Freud, *op. cit.*, p. 164.

(su negativo), cuya muerte sacrificial, propiciatoria, ofrece a Dios. Y aquí la guerra de aniquilación no es sino una parada sangrienta para dar “existencia”, para dar cuerpo, a esa instancia tercera, a esa terceridad, temida y amada al mismo tiempo. Como dice Goux:

“Hitler no ignora que una fe se torna intolerancia absoluta desde el instante en que hace de su causa [...] la causa de Dios. Y que basta colocar la acción en este eje para que se produzcan efectos de deslumbramiento –de ceguera”.

Pero aún podríamos objetar: ¿cómo podemos dar crédito a un fabulador, Rauschning, y a un psicoanalista en materia de teoría política? Vayamos, pues, para autorizarnos, a fuentes más seguras, a los textos de quien es considerado como uno de los mayores iuspublicistas del siglo veinte, Carl Schmitt. En 1932 publica su archifamoso *Der Begriff des politischen*, en el que se expone lo que para él es el fundamento de lo político, la distinción entre amigo/enemigo (*Freund und Feind*). ¿Cuál es el fundamento de esa distinción?

“En mi opinión –escribe Schmitt en este texto– la irrupción (*Ausbruch*) más poderosa de una tal hostilidad en la Edad Moderna [...] es la lucha de Cromwell contra la España papista. En su discurso del 17 de septiembre de 1656 [...] dice: ‘La primera cosa de la que tengo que hablar es ésta, y es la primera lección de la Naturaleza: Ser y Preservación... La conservación de lo que es *nuestro ser nacional* debe contemplarse en primer lugar por referencia a quienes intentan aniquilarlo, y hacer que no sea.’ Consideremos pues como nuestros enemigos a ‘los enemigos del verdadero ser de esta Nación’ (una y otra vez repite estas expresiones de ‘verdadero ser’ o ‘ser nacional’): ‘Porque en verdad vuestro gran enemigo es el español. Es un enemigo natural. Lo es de una manera natural; lo es de una manera natural y cabal –en razón de esa enemistad que le es inherente contra todo lo que es de Dios. Todo lo que es de Dios es lo que está en vosotros o lo que puede estar en vosotros. Y luego

repite: *el español es vuestro enemigo, su enemistad ha sido puesta en él por Dios, [...] él es 'el enemigo natural, el enemigo providencial', y el que lo tiene por un 'enemigo accidental' es que no conoce las Escrituras ni las cosas de Dios, que dijo que pondría enemistad entre tu simiente y la de ella (Génesis III, 15).*¹⁵

Lo mismo que escribiría el propio Hitler en su *Mein Kampf*: “De este modo, creo obrar hoy en el sentido del Creador todopoderoso: *al defenderme de los judíos lucho por la obra del Señor*”¹⁶. El racismo era entonces el suplemento para la construcción de la nación y el desarrollo de la “energía nacional”, una energía de la que ya no se dispone en un mundo secularizado y que antes proporcionaba la religión.

Y al igual que Moisés, Hitler será el paracleto mesiánico que devuelva a Alemania (el pueblo elegido, el pueblo razado) el Boden, que le ha sido arrebatado, su cuerpo espiritual. *Blut und Boden*, alma y cuerpo. La solución final de la separación entre el cuerpo y el alma. Porque eso finalmente es la raza; la verdad de la glándula pineal cartesiana. La manera de unir cuerpo y alma, la manera de que Dios esté con nosotros.

Charles Baudelaire escribía en *Fusées* (Cohetes), uno de sus diarios íntimos: *Dieu est le seul être qui, pour régner, n'ait même pas besoin d'exister*. No creo que haya mejor manera de expresar algebraicamente el problema de la teología política, el paso teórico obligado para el esclarecimiento y la posible desactivación de los fantasmas del nacionalismo y la energía que proporciona su fuerza: la raza espiritual y sus metamorfosis contemporáneas. ♡

FRANCISCO CAJA ES PROFESOR DE FILOSOFÍA EN LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA. AUTOR DE *LA RAZA CATALANA*.

¹⁵ Carl Schmitt, *Der Begriff des Politischen*, Duncker & Humblot, München, 1932, pp. 54-55. Versión española: *El concepto de lo político*, Alianza, Madrid, 1991, p. 96

¹⁶ A. Hitler, *Mein Kampf* (1925) München, edición 172-173, 1936, p. 70, el énfasis en el original.